

Conchas



Autora: Cynthia Rylant

An illustration of a kitchen scene. On the left, a woman with short grey hair, wearing a green blazer over a brown top and grey pants, stands near a kitchen counter. On the right, a young boy with dark hair, wearing a red cardigan over a white shirt, sits at a table looking downcast. On the table in front of him is a white cup, a purple paper bag, and a green plate. The background shows kitchen cabinets and hanging pots.

Conchas

Autora: Cynthia Rylant

—Tú detestas vivir aquí.

Michael miró a la mujer que le había hablado.

—No, tía Esther. Te equivocas —dijo Michael con voz apagada mientras hacía deslizar un vaso lleno de leche sobre la mesa—. No detesto vivir aquí.

Esther sacó la última olla del lavaplatos y la colgó encima de las hornillas de la cocina.

—Tú sí odias vivir aquí —dijo ella—. Y encima de eso, me odias a mí.

—¡No es verdad! —exclamó Michael—. Lo que me pasa no tiene nada que ver contigo.

La mujer dio media vuelta hasta quedar frente a él en la cocina.

—¡No me levantes la voz! —gritó ella—. No te lo permito en mi casa. La verdad es que me es imposible hacerte feliz, Michael. Tú te niegas a ser feliz aquí. Y me lo haces sentir diariamente para castigarme.



—¿Para castigarte? —exclamó atónito Michael—. ¡A mí no me importa castigarte en absoluto! ¡Tú me importas un bledo! A mí no me importa lo que comas o cómo te vistas o adónde vayas o lo que pienses. ¿Por qué no me dejas en paz?

Michael golpeó el vaso contra la mesa, empujó la silla hacia atrás y salió a toda prisa por la puerta de la cocina.

—¡Michael! —exclamó Esther.

Vivían los dos bajo el mismo techo desde hacía seis meses. Los padres de Michael habían fallecido, y la única que había podido hacerse cargo de él había sido Esther: en realidad, ella había sido la única que se había ofrecido a hacerlo. Los demás parientes de Michael no podían imaginarse hacerse responsables de un chico de catorce años. Ellos aspiraban a una vida apacible.

Esther vivía en un edificio construido en una vecindad pudiente de Detroit. La mayoría de los vecinos eran personas mayores (como ella) y le tenían miedo al mundo que los rodeaba (como ella). Por ello, permanecían en el interior de sus casas y confiaban en pocas personas.

A Esther le gustaba vivir sola: nunca se había casado ni había tenido hijos. Nunca había vivido en otro lugar que en Detroit y le encantaba su vivienda.

No obstante, Esther era intensamente fiel a su familia, y cuando su única hermana había fallecido, había insistido en obtener la custodia de Michael, quien temeroso de ir a dar a otro hogar, había aceptado.



Ah, pero se sentía tan solo. Incluso seis meses después de la muerte de sus padres, todavía esperaba verlos sentados en el sofá cada vez que entraba en la sala de la casa de Esther o parados a la puerta del baño esperando a que él lo desocupara después de ducharse o entrando por la puerta principal tarde por la noche. Todavía le parecía oler la fragancia del desodorante Old Spice de su padre o el olor del talco de su madre.

En ocasiones estaba tan seguro de que uno de sus padres andaba cerca que temía estar enloqueciendo. Le dolía hasta el corazón y se preguntaba si algún día se sentiría mejor de ánimo.

Aunque le costara admitirlo, sí odiaba a Esther. Ella era tan diferente de su madre y de su padre. Esther estaba llena de prejuicios (su tía admiraba sólo a los que eran de raza blanca y de la religión presbiteriana). Esther era también egoísta (no le permitía usar el teléfono) y muy quejumbrosa (constantemente se quejaba de que tenía dolor de cabeza o de espalda o de estómago).

Michael la odiaba, aunque no quería, y no sabía qué hacer, excepto mentir acerca del odio que sentía.

Michael no había hecho amigos en la nueva escuela, donde los maestros apenas parecían darse cuenta de que él estaba presente. Todos los días venía solo a casa, donde por lo general se encontraba a Esther hablando por teléfono. Esther se mantenía en estrecho contacto con otras mujeres que vivían en el mismo vecindario.

Esther les contaba a sus amigas que no entendía a Michael, que era consciente de que era normal que él sufriera por la muerte de sus padres, pero que no tenía por qué castigarla a ella. Esther afirmaba que hasta había pensado en enviarlo a algún lugar lejos como él no cambiara de actitud: ella no se lo merecía.

Sin embargo, apenas Michael entraba por la puerta, ella cambiaba el tema de la conversación.

Un día después de clase, Michael se apareció en casa con un cangrejo ermitaño que había comprado en una tienda de animales, adonde había ido en busca de algún pequeño ser viviente. Como los cangrejos ermitaños costaban poco, Michael había comprado uno con su respectiva pecera esférica.

Para variar, al llegar a casa no se había encontrado a Esther al teléfono. Esther tomaba el té acompañado de un cruasán y estaba contenta. Michael ardía en deseos de enseñarle a alguien lo que había comprado; por tanto, se lo enseñó a su tía.

La reacción de Esther lo sorprendió. Esther agarró la concha y, con la uña larga y brillante del dedo meñique, tocó las pinzas del cangrejo.

—¿Dónde está él? —preguntó ella.

Michael le indicó dónde estaban los ojos del cangrejo, que escrutaba el mundo exterior a través de la abertura de la concha.



—¡Santo cielo, acaba de salir! —le dijo ella al cangrejo, y volteó la concha hasta que quedó en posición invertida y la sacudió.

—¡Tía Esther! —exclamó Michael, e intentó arrebatarla.

—¡Está bien, no te preocupes más! —la tía volvió a poner la concha en posición normal—. ¿Qué hace este bicho?

—Pues no sé —respondió Michael—. Me imagino que crece.

La tía lo miró a la cara.

—La verdad es que no logro identificarme con la gente a la que le gustan los cangrejos. Sin embargo, quédate con él, siempre y cuando no crezca tanto que se salga de esa pecera —la tía lo miró con dureza.

—No se saldrá de ahí —respondió Michael—. Te doy mi palabra.

Así, el cangrejo ermitaño se mudó al apartamento. Michael le puso el nombre de Sluggo y colocó la pecera al lado de su cama. Michael tenía que pasar mucho rato para sorprender a Sluggo cuando asomaba la cabeza fuera de la concha y moviéndose por la pecera. La hora de dormir por la noche era el momento en el que Sluggo se animaba más; por tanto, a Michael le resultaba cómodo acostarse y observar al atareado cangrejo mientras el sueño lo vencía poco a poco.

Un día, cuando Michael llegó a casa, se encontró a Esther sentada en su cama observando la pecera. Como Esther no tenía la costumbre de entrar en el cuarto de Michael, éste se perturbó al verla ahí y se detuvo en el umbral sin decir nada.

Esther parecía estar perfectamente a gusto, aunque al levantar la vista, frunció el entrecejo.

—Creo que el cangrejo necesita compañía —dijo ella.

—¿Qué? —Michael enarcó las cejas y se quedó boquiabierto.

Esther suspiró.

—Me parece que a Sluggo le hace falta una compañera —la tía se puso de pie—. ¿Dónde queda la tienda de animales?

Michael llevó a su tía a la tienda, donde había una pecera enorme llena de cangrejos ermitaños.

—¡Madre mía! —Esther se aferró al borde de la pecera y estiró el cuello para ver el interior de ésta a través del cristal—. ¡Míralos!

Michael observaba más a su tía que a los cangrejos. No daba crédito a sus ojos.

—¡Ah! Mira esas conchas. ¿Si bien recuerdo tú me dijiste que ellos crecían tanto que las conchas al cabo de un tiempo les quedaban chicas? Debemos comprar, pues, conchas de varios tamaños. ¿Ves el color rosado de aquella? ¡Michael, mira! ¡Mira cómo asoma su cabecita aquél!

Esther era tan dramática (inclinada sobre la pecera, las pulseras le tintineaban, los aretes le oscilaban, los zapatos de tacón rojos rechinaban sobre el piso de linóleo) que todos los clientes de la tienda la miraban. Michael simulaba no estar con ella.

Al final, él y Esther regresaron al apartamento con una pecera de treinta galones y veinte cangrejos ermitaños.

Michael pensó por un momento que le daría un infarto al cargar la pesada pecera que colocó en la sala. Se imaginó que moriría y que la tía Esther se quedaría con los veintiún cangrejos ermitaños y que tendría que pagar su sepelio.

Pero logró transportar la pecera; Esther cargó la caja llena de cangrejos.



—¿No se sorprenderá Sluggo? —preguntó la tía alegremente—. Espero que podamos distinguirlo del resto porque él es el padre fundador.

Michael, estupefacto al ver a su tía ocuparse de veintiún cangrejos ermitaños, limpió el tanque, le echó la arena y le puso palillos (así como el buzo plástico que la tía Esther había insistido en comprar). Luego, ayudó a la tía a colocar en la pecera, uno por uno, los nuevos residentes. Los cangrejos, tan estupefactos como Michael, no se atrevían a salir de sus conchas.

Antes de sacar a Sluggo de su pecera circular para la nueva gran pecera, la tía Esther le hizo una marca en la superficie de la concha con esmalte de uñas de color rojo para distinguirlo del resto. Luego, se dejó caer en el sofá al lado de Michael.

—¿Qué pensaría tu madre, Michael, si nos viera en medio de este lío que nos hemos buscado?

La tía con una amplia sonrisa miró a Michael, pero su sonrisa se apagó rápidamente. Los ojos del chico reflejaban un dolor profundo.

—¡Ay, Dios! —susurró ella—. Lo siento.

Michael esquivó la mirada.

La tía Esther, que no había abrazado a nadie hacía años, le colocó el brazo con gentileza sobre los hombros.

—Lo siento mucho, Michael. Ay, debes de odiarme tanto.

Michael percibió una fragancia familiar: el talco de su madre.

El chico miró a su tía.

—No, tía Esther —dijo sacudiendo la cabeza con dignidad—. Yo no te odio.

La boca de Esther se estremeció, y las pulseras le tintinearón cuando acarició el brazo del chico. Luego, respiró profundamente.

—Bien, veamos cómo le va a nuestro amigo Sluggo —dijo.

Los dos inclinaron la cabeza sobre la pecera y lo vieron. El cangrejo empezaba a salir de la concha, que ya le había empezado a quedar chica.





PEARSON